

patria, me obligaron á rehusar sus generosas proposiciones. Además, mi viage por el interior de Africa no era conocido auténticamente, y se hubiera olvidado si perecía, perdiéndose así para mi país las observaciones que había recogido. Estas consideraciones me empeñaron á efectuar mi regreso lo mas pronto que me fuera posible.

Me dirigí á visitar la gran mezquita de Oeste, mas extensa que la situada al Este, pero muy destruida; subí á la torre, cuya escalera, situada interiormente, se halla casi demolida; á aquel sitio fui muchas veces á escribir mis notas para no despertar la atención de los musulmanes. Durante mi viage siempre había cuidado escribir mis observaciones al abrigo de los bosques ó de algun matorral.

Esta mezquita tiene cinco puertas al Este de diferente magnitud, tres al Sur y dos al Norte. Para sacar un bosquejo de ella me sentaba en la calle con la

siempre se hacían los desentendidos, á causa, sin duda, de que mi situación no era la mas á propósito para compensar aquel servicio. Los pocos informes que pude recoger de Tembuctu los debí á Sidi-Abdallah-Chebir y á algunos negros hisurs, que tuvieron la complacencia de contestar á mis preguntas. No tienen noción alguna acerca del curso del río al Este de la ciudad: Sidi-Abdallahi me aseguró que pasa por Hausa y desemboca en el Nilo. Esta también es la opinión general de los árabes que habitan el país. A este río le designan en Tembuctu con el nombre de Bahar-el-Nil.

La casa que me habían destinado para habitación, no estaba aun acabada, y por lo tanto tuve ocasión de observar su modo de construcción. A algunos pies de profundidad del nivel del suelo, encuentran arena de color gris mezclada con arcilla, con la cual fabrican ladrillos de forma circular que desecan al sol.



capa plegada á las rodillas, y tenía un hoja de papel blanco, á la cual unía una página del Alcoran, y cuando se me acercaba alguno ocultaba mi dibujo y hacia como que leía las oraciones. De este modo los transeúntes pasaban sin reparar mas que en mi devoción.

Hablaba frecuentemente con moros que se interesaban en mi situación, y que me preguntaban acerca de las costumbres europeas y del tratamiento que había tenido con los cristianos. En cambio procuraba á mi vez obtener de su parte pormenores de las poblaciones cercanas y de sus distancias á Tembuctu; pero

Algunos muchachos de la clase de esclavos los trasladan en la cabeza en malas calabazas, lo mismo que el mortero, compuesto del material que los ladrillos. Los albañiles son esclavos, y trabajan con tanta inteligencia como los de Jené, y hasta me parecía que establecían los muros mas en regla. La obra de madera, como puertas, etc., es sólida y bien trabajada; en general, las cerraduras y la llave son de madera, y no cierran interiormente; para este fin se valen de una barra ó una cadena. La cubierta de las casas, que ninguna tiene mas de un piso, se halla como la de la mezquita, sustentada sobre pies derechos. Su planta

es cuadrada, y contiene dos patios interiores, á cuyo derredor se hallan distribuidas las habitaciones; estas afectan la forma de rectángulos prolongados, y les sirven al mismo tiempo de almacenes y de alcoba; estas habitaciones no reciben luz mas que por la puerta de entrada, y otra mas pequeña que da al patio interior; no tienen ni ventanas ni chimeneas. Algunos construyen en el patio con esterillas una estancia, en la cual pasan el día y la noche durante la estación del calor.

Para defenderme del calor me refugiaba en una mezquita como sitio mas aéreo y mas fresco; los naturales permanecen en sus casas, las que abandonan tan solo por la mañana y la noche. Durante esta se siente una calma abrumadora; y si se levanta un poco de aire, es como un vapor abrasador que deseca los pulmones. Esto me hacia experimentar un malestar continuo.

La caravana destinada á Taflet no debía partir hasta despues de algunos días, y como no se dispusiera otra expedición hasta pasados tres meses, decidí aprovechar la ocasión de la primera. Temía permanecer en Tembuctu, á pesar de las reiteradas instancias de Sidi-Abdallahi, para aguardar á emprender el camino de Trípoli y Ardamas antes que el de Marruecos, y aun me anunció que tenía el proyecto de hacer una colecta en mi favor; sin embargo, á pesar de que me veía embarazado para excusarme de tanto favor, no cambié un punto de mi resolución, visto lo cual, todavía mi generoso amigo se ocupó en proporcionarme un guía de confianza para mi traslación de Taflet.

Los moros con quienes iba á viajar, no eran tan agradables ni tan civilizados como los establecidos en la ciudad; pertenecían á una clase designada con el nombre de *zenagués* (tributarios), clase tan ignorante que apenas conocen los principales rezos del Alcoran. Por lo tanto, era para ellos muy poco recomendable mi posición escasa de recursos, y mi calidad de extranjero. Sidi-Abdallahi me proporcionó un camello, cuyo alquiler satisfacía con el producto de la venta de algunas mercancías.

Empleé los últimos días de mi estancia en Tembuctu en recoger noticias relativas al desgraciado suceso del mayor Laing. Supe que la caravana de que formaba parte, había sido asaltada por algunas tribus nómadas, que reconocido por cristiano lo maltrataron hasta dejarlo por muerto á fuerza de palos. Otro cristiano, que sin duda debía ser su criado, había sufrido igual suerte. Los moros de la caravana le recogieron, y á fuerza de cuidados volvió en su acuerdo; trasladado á Tembuctu, curó de sus heridas con un bálsamo que poseía; pero su convalecencia fué lenta; sin embargo, gracias á sus buenas recomendaciones, no experimentó vejación alguna de parte de los naturales. El mayor vivió próximo á mi casa, en la de un moro cuyo espíritu de caridad tuvo ocasión de considerar por sus obsequios de dátiles y el regalo que me hizo de un vestido para el viaje. Laing no había cambiado su traje á la europea, y hasta se titulaba enviado por el rey de Inglaterra, su amo, para visitar á Tembuctu y estudiar las maravillas que encierra. Este viajero trazó el plano sin reserva de ninguna especie, porque, según el mismo moro me dijo con su lenguaje sencillo y espresivo, había escrito la ciudad con todo lo que contenía.

Otros moros á quienes interrogué acerca del mismo

asunto, me informaron de que se le atormentaba para hacerle convenir en que no hay mas que un solo Dios, y que Mahoma es su profeta; pero que él se limitaba siempre á responder: «No hay mas que un solo Dios.» sin añadir nada; sin embargo, aunque le trataban de infiel, no le mortificaron de ningun otro modo, dejándole pensar y rezar á su manera. En efecto, Sidi-Abdallahi, á quien pregunté muchas veces si habían insultado al cristiano durante su estancia en Tembuctu, contestó negativamente con la cabeza, dándome á entender que no hubiera sido justo ocasionarle la menor molestia.

Esta tolerancia se explica teniendo en cuenta, que los moros residentes en Tembuctu proceden de Trípoli, Argel y Marruecos, donde están acostumbrados á ver cristianos, y por lo tanto, son menos propensos á ensañarse con su culto y sus costumbres. Así es como se comprende que el mayor pudiese recorrer la ciudad, y hasta visitar las mezquitas sin obstáculo.

Despues de adquirir un conocimiento exacto de la ciudad, trató de ver á Kabra y el Dhioliba; pero como al salir por el día corrió grandes peligros por parte de los tuariks, decidí partir de noche, en lo cual obró cuerdate, pues si en la ciudad no le hacían daño alguno, tal vez encontrándole fuera no lo hubiera pasado bien.

En efecto, Laing, aprovechando una noche oscura montó á caballo, y sin guía ninguno llegó sin obstáculo á Kabra, y dicen que hasta la orilla de Dhioliba. Despues era el deseo del mayor regresar á Europa por el desierto sin ganar los establecimientos franceses del Senegal por Jené y Sego, subiendo el Dhioliba; pero los fulans que pueblan las orillas del rio, declararon que no consentirían jamás pisara su territorio cristiano alguno.

Conociendo el mayor que nada sacaría de aquellos fanáticos, escogió el camino de El-Aranan, donde esperaba reunir con una caravana de moros traficantes de sal de Sansanding; pero desgraciadamente al cabo de cinco días de camino con la caravana, encontraron una tribu errante, que bajo pretexto de que había entrado en su territorio sin permiso, se apoderó del mayor y quiso hacerle reconocer su religion. Laing demasiado confiado en las recomendaciones que traía de Trípoli para todos los cheiks del desierto, rehusó obedecer al cheik Hamet. Laing prefirió morir antes que someterse: su resolución le hizo mártir, y perder á la ciencia uno de sus mas hábiles viajeros.

Un moro de la comitiva del gefe de los zauats á quien ordenó dar muerte al cristiano, se horrorizó rehusando ejecutar su orden: «¡Qué! dijo ¿pretendes que asesine al primer cristiano que ha venido aquí, y que no nos ha hecho ningun mal? Encarga á otros su ejecución ó mátele tú mismo.» Esta respuesta produjo momentánea suspensión de la sentencia fatal, y hasta se agitó con calor en su presencia la cuestión de su vida; pero por último encargaron á algunos esclavos negros la repugnante misión que tan dignamente rechazó el moro; uno de ellos rodeó á la garganta del desgraciado mayor la banda de un turbante y le estrangularon tirando por un extremo, mientras que su camarada tiraba del otro; sus restos quedaron en el desierto á merced de las aves de rapiña y de las fieras que habitan aquellas regiones.

Reconocido el mayor por cristiano europeo tomó el partido que debía, pues cien veces era preferible la muerte á un cambio aparente de religion que debía

hacerle renunciar para siempre á la esperanza de volver á Europa.

La suerte de Laing como musulman hubiera sido la mas triste que se pudiera imaginar; en su estrema resolusion dió una prueba de intrepidez y prevision.

Al dirigirse á El-Aranan, llevaba consigo el mayor algunos instrumentos de astronomia y sus papeles; pero como casi todo se lo habian robado los tuariks, aprovechó bien poco su crimen al asesino del viagero inglés, pues hasta de este poco tuvo que partir con los flexibles cómplices. A un moro de Tafilet que iba en la caravana, le tocó un sextante, que segun me dijeron no seria dificil dar con él; en cuanto á sus papeles y diarios se distribuyeron entre los pobladores del desierto: durante mi estancia en Garland, pueblo del distrito de Tafilet, ví una brújula de bolsillo fabricada en Inglaterra, y aunque no me pudieron decir su procedencia supuse que perteneceria á Laing. Mis deseos hubieran sido poseerla, pero las precauciones que tenia que guardar en mi disfraz de árabe, me estorbaron manifestar que daba la mas pequeña importancia á un instrumento cuya aplicacion aparentaba ignorar.

Inmensos descubrimientos quedan por hacer, sobre todo en lo concerniente á geografia ó historia natural, pero mis padecimientos no deben desanimar á otros exploradores. Sin duda que sus tentativas serán peligrosas, pero creo que conduciéndose con tacto y prudencia se puede triunfar de los obstáculos. Sobre todo es menester viajar sóbriamente, adoptar en la esterioridad el culto de Mahoma, y hacerse pasar por árabe, y aun mejor por cristiano convertido. El mejor medio á mi parecer, seria cruzar en calidad de árabe el gran desierto de Sahara; á fin de no infundir sospecha, establecerse como traficante en la ciudad que se escogiese como punto de partida, y despues internarse en el pais con este pretesto, cuidando no hacer mérito para nada de la ciudad de Tembuctu. Asi debe irse ganando terreno hasta instalarse en esta ciudad con el mismo carácter de comerciante.

Despues de permanecer en esta ciudad un año ó año y medio y de hacerse con algunos esclavos mandingas ó bambaras que entiendan el kisuro y el tuarika, es preciso proveerse de una buena piragua de mediana magnitud, precaucion indispensable, tanto por la inseguridad de que la suministren los habitantes de la orilla del rio, quanto para ponerse al abrigo de su enemistad. Luego ofreciendo á los esclavos su libertad, se les empeña fácilmente en hacer el viage, que debe emprenderse so pretesto de comprar goma, marfil, etc., en la comarca inferior del rio. Proponiéndose navegar por mas arriba de Kabra no es preciso tomar tantas precauciones; pero siempre es preciso dejar casa abierta en Tembuctu.

Una vez en el rio, es prudente navegar por la noche, con objeto de no hallarse con las tribus vagabundas de los tuariks y otras: de dia es fácil contenerlas con algunos regalos. Esta conducta seguida con prudencia y reflexion, es susceptible de mas completo éxito que una grande expedicion, que de seguro despertaria la codicia ó desconfianza de los indigenas.

En la piragua puede hacerse la travesia con mas seguridad y rapidez que en una embarcacion grande. Mi huésped me aseguró que Hansa no dista de Tembuctu, bajando por el rio, sino una veintena de dias; pero en una piragua de dimensiones reducidas puede hacerse esta travesia en doce. Despues puede llegarse

con rapidez hasta la embocadura del rio, sobre todo si va perderse en el Océano. En seguir este itinerario hay, segun creo, menos peligro que en partir del golfo de Benin, donde se tropieza con mas obstáculos para internarse en la parte alta del pais, por efecto del clima y del carácter de los naturales.

MISIONEROS DEL CONGO (1).

Miguel Angelo y Dionisio Carli, enviados de mision al Congo por la congregacion romana de *Propaganda fidel*, partieron en 1666 con otros catorce capuchinos. No nos ocuparemos de la travesia que tuvieron que hacer por mar, sino únicamente de los peligros que arrojaron recorriendo una parte de Africa para entender y mantener la fé cristiana.

Despues de arribar á Loanda, puerto excelente de Africa y capital del reino de Angola, fueron recibidos por una muchedumbre de blancos y negros que les recibieron con alegría suma, besando sus hábitos y acompañándolos hasta su hospicio. La iglesia estaba ocupada por los principales personajes de la ciudad, y por mas de trescientas personas de todas clases que salieron á su encuentro. En el convento encontraron tres religiosos de su órden y algunos eclesiásticos enfermos. Dos misioneros llegados de Génova, poco antes que nuestros capuchinos, habian sucumbido, uno en Loanda mismo y otro en Mesangrana, poco distante de alli.

El vicario destinó desde luego á Angelo y su compañero al pais de Bongo y de alli á Bamba, lo cual disgustó mucho á los habitantes de Loanda, que esperaban retenerlos en su ciudad un año á lo menos, mientras se acostumbraban al clima y á los alimentos del pais. Nada de esto fué bastante á estorbarles su proyecto, pues quanto mas negra era la descripcion que les hacian de los peligros que iban á arrostrar en el desierto, tanto mas se exaltaba su celo, y menos temor manifestaban hácia aquellos mismos peligros, que de mucho tiempo ya deseaban hacer frente.

Se embarcaron en una pinaza, y costeano la orilla llegaron en dos dias á Dante, en la frontera del reino de Angola, donde los portugueses tienen establecido un fuerte. Su primer cuidado fué saludar al gobernador y entregarle las cartas que llevaban para él del consejo de Loanda. Estas cartas contenian recomendaciones eficaces, á fin de que proporcionase á los misioneros el número de negros necesarios para trasladar sus equipages. El gobernador, durante los dos dias que permanecieron en Dante, hizo salar gran cantidad de pescados para su provision, ademas de 30 negros que escogió para que los acompañasen y de proveerles de hamacas y otros utensilios. Todos los naturales y europeos les disuadieron de llevar el vestido y calzado que prescribe su órden, puesto que era del todo imposible resistiesen el calor de aquel modo, y aunque con marcada repugnancia accedieron á someterse á los usos del pais vistiendo ropas mas ligeras.

Por estas regiones salvages son los caminos senderos muy estrechos, por donde con trabajo pueden ir dos personas de frente. Algunos negros caminaban de descubierta, cargados con los equipages y provi-

(1) Extractado de Pedro Blanchard.

siones; Angelo seguía despues en su hamaca, y Carli venía detrás tambien en una especie de litera, seguido de los demas negros, cuyo oficio era relevar los conductores cuando parecían cansados. Apenas puede formarse idea de la presteza con que marchan por los penosos caminos; iban armados con arco y flechas; el término de su jornada era un libata (aldea), donde otros conductores debían reemplazar á los primeros.

El príncipe ó señor del libata, que los naturales Haman makoluta, se apresuró á visitar á los misioneros y les dió por alojamiento las dos cabañas mejores. En todo el reino, exceptuando San Salvador, no se encuentra una sola piedra; las casas mejores están construidas de tierra y cubiertas de bálago, la mayor parte no tienen ventanas ni mas abertura que la puerta. El makoluta llevaba á la cintura un pedazo de tela del tamaño de un pañuello, un manto de paño azul europeo que descendía has'a el suelo. El gusto general del país está por lo azul. Los oficiales de su comitiva llevaban lo mismo menos el manto; las demas gentes iban vestidas de hojas ó pieles de mono, y los que viven en el campo, al abrigo de los árboles, están, sin distincion de sexo ni edad, enteramente desnudos.

En este libata, lo mismo que en el primero, no les aconteció nada de particular; en ellos practicaron sus ejercicios religiosos muy tranquilamente. Continuando su camino llegaron una tarde á otro libata, donde hallaron cerrada la puerta.

El recinto estaba guarnecido de una muralla de la altura de una pica, hecha de zarzas, y la puerta la constituía un haz de ellas tambien. Abrierónla para recibir á los misioneros y el makoluta les ofreció cabañas; pero como era excesivo el calor gustaron mas de pasar la noche en las hamacas al aire libre, las que dispusieron, colgadas por un lado del vértice de una cabaña, y por el otro del estremo de una cruz implantada en el suelo. Hacia media noche se acercaron á la muralla de zarzas tres leones dando rugidos espantosos. Carli, despertado por tan horrible rumor, levantó un poco la cabeza para descubrir los mónstruos á la claridad de la luna; pero las zarzas estaban tan espesas y tan cubiertas de hojas, que no pudo divisarlos, aunque juzgaba no debían andar distantes. Sobrecogido de temor pensó al pronto en retirarse á una cabaña; pero considerando que era imposible á los leones traspasar la altura de la valla, decidió esperar con tranquilidad la llegada del día. Tan pronto como pareció fuése á reunir á Angelo, el cual aprovechó la frescura de la noche para dormir profundamente, sin oír los rugidos de los leones.

Despues de bautizar algunos niños se pusieron en marcha en sus hamacas. Hacia medio día, aconsejaronles los negros que hicieran alto á orillas de un riachuelo, cuyas aguas éran escelentes, en lo que convinieron, sentándose bajo de unos árboles con intento de preparar la comida. De improviso divisaron un elefante tan abultado como un carro de retama. Los negros cogieron al punto las armas, y con gran zambra y gritería le descargaron una granizada de flechas. Uno de ellos, mas práctico que sus camaradas, se dirigió á un chozo poco distante y prendió fuego al techo. Las llamas, tomando incremento, en breve asustaron al elefante, que dió á huir, llevando consigo las flechas que se habian clavado en su piel. Impelido por el viento el fuego, tardó poco en propagarse á las matas que le rodeaban, corriendo en un instante un es-

pacio de mas de una legua. Este incendio difundió el espanto entre las fieras que tenían próximas sus nidadas, quedando así el camino en completa seguridad hasta la siguiente libata.

Otro día los negros divisaron una serpiente enorme. Su cabeza era tan grande como la de un becerro y su longitud de 25 pies. Al verla dieron los de la escolla, segun costumbre, un grito penetrante é hicieron subir á los misioneros sobre una eminencia. Carli observó que aquel terrible reptil ocasionaba en la yerba tanto movimiento como el tránsito de 20 hombres. Permanecieron por espacio de una hora detenidos, á fin de asegurarse de que se habia alejado.

El makoluta de Bambi les dió uno de sus hijos para que les sirviera de intérprete durante su estancia en Bamba. Caminaban muy distraídos y satisfechos con su nuevo compañero de viage, cuando observaron á lo lejos una gran fogata, y como el viento impelia las llamas hácia ellos, temieron que saliesen á su encuentro las fieras que vinieran huyendo de él: los negros les advirtieron que el único medio de evitar este inminente peligro era subirse á la copa de los árboles. Era forzoso seguir este consejo, y como entre las cosas que componian su equipage habia una escalera, subió un negro con ella por el tronco de un árbol y la aseguró á una rama; en seguida los dos misioneros y el hijo del makoluta buscaron su seguridad en este asilo, despues de lo cual desataron la escalera, con cuyo auxilio subieron á los árboles inmediatos. El peligro no estaba lejos, puesto que á poco aparecieron gran número de formidables enemigos, tales como tigres, leones, rinocerontes y otras fieras, que todos levantaron la cabeza al pasar. Los negros hirieron algunas con flechas envenenadas.

El padre Angelo se habia adelantado á causa de que por entonçes momentáneamente no se encontraba á mano bastante número de negros conductores.

Carli, próximo al libata en que debía pernoctar, vió un leon tan mal herido que apenas podía arrastrarse, dejando sus huellas ensangrentadas. Los negros prendieron fuego á las matas, que estaban muy crecidas y muy secas, y al punto le vieron cambiar de dirección. Carli, una hora antes de hacerse de noche, llegó al libata, el cual carecía de la valla ó empalizada de zarzas que los misioneros habian visto en todos los que habian pasado, y Carli se enteró pronto del por qué.

Dirigiéndose al mercado, á donde vió que se dirigian todos los habitantes del libata, vió un negro herido, á cuyo derredor se apiñaban las gentes: preguntó qué ocurría y le informaron de que era el makoluta que acababa de luchar con un leon. Carli, despues de saludarle, le reconvinó por no tener alrededor de su libata una valla espesa de zarzas como la que habia visto en las demas libatas.

—Padre, contestó el makoluta, en tanto que yo viva no hace falta valla alguna; cuando yo muera harán lo que juzguen necesario.

La herida era leve.

Carli mostró deseo de saber los pormenores de la lucha, á lo cual accedió el makoluta, diciendo que se hallaba dentro del lugar con sus gentes, cuando hambriento un leon y sin duda incitado con el olor de la carne humana, se lanzó en medio de ellos sin rugir, como acostumbrán á hacerlo estos animales cuando buscan su presa. Los negros que estaban conmigo, viéndose desarmados dieron á correr; en cuanto á mí,

que no estoy acostumbrado á huir, puse una rodilla y una mano en tierra, y con el cuchillo en la otra sacudí con toda mi fuerza un golpe al leon en medio del pecho. Cuando se sintió herido lanzó rugidos espantosos y se tiró á mí tan furiosamente que se clavó el cuchillo en el cuello, pero tambien me ha rasgado este lado con sus uñas. Mis vecinos acudían ya armados, y al verlos se retiró perdiendo mucha sangre. Este leon era el mismo que habia hallado Carli.

Su compañero Angelo tardó poco en sucumbir á una enfermedad ocasionada por el clima y los trabajos. Carli tambien fué acometido de fiebre, y en este estado padeció mucho tormento, causado por una multitud de ratas, que llegaban hasta morderle los pies. No tenia otro medio de defensa que colocar su cama en medio de la habitacion y hacer acostar los negros en esterillas de palma á su derredor. A esta sazón se atrevió á advertir al gran gefe de Bamba, en cuyos dominios se hallaba, lo que tenia que sufrir de la importunidad de las ratas y de la hediondez de los negros. Este príncipe le envió un pequeño mono domesticado, asegurándole que era remedio á estas incomodidades. El mono estaba acostumbrado á cazar ratas, y el olor natural de su piel, que trascendia al almizcle, bastaba á neutralizar el de los negros. Efectivamente, aquel apreciable mono, además de este servicio, le prestaba el de peinarle la cabeza y la barba mejor que los mismos negros.

Muy pronto le fué de mucha mas utilidad, porque le salvó de una especie de animal incomparablemente mas pequeño que los leones y los tigres, pero no menos formidable en este país. Dormía una noche profundamente, cuando le despertó bruscamente un salto que dió el mono para colocarse sobre su cabeza. Imagínese que las ratas le habian asustado, y para animarle le acarició con la mano; pero al mismo tiempo los negros se incorporaron bruscamente gritando:

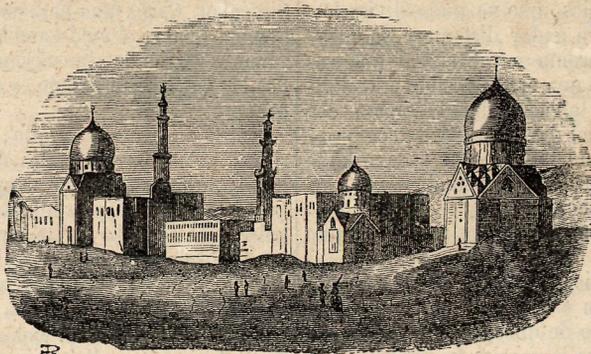
— ¡De pie, padre, de pie.

Preguntó qué sucedia.

—Las hormigas, le respondieron, se han abierto paso y no hay momento que perder.

Imposibilitado para moverse hizo trasladar su cama al medio del jardín á tiempo que le subian ya por las piernas. El piso de las cabañas estaba cubierto de ellas; su espesor pasaba de medio pie. No se halló otro medio de arrojarlas que quemar paja en todos los sitios que ocupaban. La llama las destruyó y las hizo huir. Apenas se durmió despertó otro accidente. El fuego, mal estinguido por los negros, se habia extendido al techo de la cabaña y comenzaba á propagarse. En tanto que se trabajó por cortar'e se vió Carli aun en la necesidad de volver al jardín. Agitaciones tan violentas habian alejado el sueño de sus ojos cuando le volvieron á la cabaña; pero aunque lo recobrará, todavía le hizo volver al jardín un tercer alerta. Las hormigas habian ganado la aldea, y los negros, al aplicar el remedio del fuego, le habian comunicado á una cabaña, desde la que amenazaba comunicarse á las demas. Sin embargo, hubo la fortuna de cortarlo, y Carli, despues de tantos sobresaltos, dió gracias al cielo por haberle salvado de las hormigas. Poseido de una debilidad que no le permitia moverse, no dudó que le devorasen antes de acabar la noche, temor muy fundado si se atiende al considerable número de vacas que perecen á su furor, y de las cuales se hallan muchas en Angola, y no se encuentran mas que los huesos á la salida del dia.

El estado de Carli empeoraba mas cada dia; concluyó por tomar el partido de hacerse conducir á Loanda. Allí ajustó un barco portugués que debia hacerse á la vela para el Brasil. El padre Carli obtuvo el permiso para embarcarse y para regresar á Italia, y á bordo de un buque genovés pasó el misionero desde el Brasil á Europa: esto pasaba el año de 1667.



B.



AMERICA.



y animosa, ilustrada y temida, que supo amparar en su seno al inmortal Colon, y tomar en consideracion los proyectos atrevidos, pero exactos, que la Europa entera calificó de delirios! No se encuentra recorriendo la historia desde los siglos mas remotos hasta nuestros dias un acontecimiento de igual magnitud, ni pueblo alguno ha tenido jamás como España un timbre tan alto, una accion tan heroica como el descubrimiento de América.

Los extranjeros, y particularmente los franceses, que en general no hablan de nuestro pais sino para rebajarlo, sin duda en desquite de antiguos agravios, que aun hacen asomar el rubor á sus rostros, dicen por lo comun que la gloria de dicho descubrimiento no pertenece verdaderamente á España, porque Cristóbal Colon era genovés; semejante modo de discurrir si no prueba buena intencion, en cambio no acredita ingenio tampoco, y no merece en realidad los honores de la refutación. El talento, la habilidad de un pais consiste en acoger á todo el que valga, y en no con-

fundir el genio con la locura, como hizo la Francia en la ocasion á que nos referimos, y si el rasgo magnánimo de Isabel I y el parecer de algunos doctos y bien intencionados españoles no hubieran abierto á Colon las puertas del Océano, probablemente la América permaneceria hoy cubierta aun en la espesa niebla que la ocultaba al mundo, ó por lo menos no serian los franceses los que la hubieran descubierto. Además, apenas llegarían las hazañas juntas de todas las naciones de Europa al número y valor de las que España aglomeró en el nuevo continente para asegurar su conquista, y de esto responden Pizarro, Hernan Cortés y otros héroes, cuya importancia no conocen los franceses, porque entre otras cosas no saben una palabra de nuestro pais.

El lector nos dispensará este pequeño desahogo de un sentimiento que nos ha hecho adquirir la necesaria lectura que hemos tenido que hacer de algunos viajeros y geógrafos extranjeros, en los cuales hemos visto, especialmente si eran franceses, considerar á España con tanta injusticia y mala fé, como ignorancia y pedantismo.

Dejando por lo demas la sucinta relacion del viage de Colon, trazada á grandes rasgos, y únicamente para que sirva de recuerdo para cuando hablemos de las Antillas, teatro de su descubrimiento, vamos ahora á dar una idea general de la parte del mundo que ignoró el antiguo hasta 1492.

La América forma un vasto continente, y es la mayor de las cinco partes del mundo. Tiene por límites al Norte el Océano Glacial Artico, al Este el Océano Atlántico, al Sur el Océano Austral, y al Oeste el Gran Océano. Está situada en el hemisferio occidental de nuestro globo, y se compone, á decir verdad, de dos continentes reunidos por el istmo de Panamá, los cuales, segun su posicion, toman los nombres de